

CANTO QUINTO.

I

¿Quién es ese indio pálido que cruza
 Las lomas solitarias,
 Y atraviesa el chirca y los bañados,
 Y una virgen conduce en sus espaldas?

Camina vacilante como un ebrio;
 En convulsiones rápidas
 Se sacuden sus miembros, y en sus brazos
 Oscila á veces la preciosa carga.

Es el indio imposible, el extranjero,
 El salvaje con lágrimas,
 La última gota de una sangre fría
 Que aún no ha bebido la sedienta pampa.

II

El sol ha recorrido
 La mitad de su marcha,
 Y los viajeros sin cesar caminan
 Al través de las lomas solitarias.

Oyen por todas partes
 La metálica voz de la chicharra,
 Y al *mamangá* que zumba dando vueltas,
 Y al *camoatí* que hierve entre las ramas;

El trémulo volido
 De la perdiz lejana,
 Y, en el quebracho, el golpe vigoroso
 Del *carpintero*, leñador con alas.

El aire está poblado
 De susurros que pasan;
 Como en un velo de cristal envuelto
 El campo brilla entre auréolas diáfanas.

Con intervalos breves,
 Del arbusto en las ramas,
 Su cantarcillo igual lanza el chingolo,
 Prolongando la nota con que acaba;

Y se oye repetida
 A diversas distancias,
 La misma melodía quejumbrosa
 Que va, viene, contesta, ruega ó llama.

El zorro entre las chircas
 Su larga cola arrastra,
 Huyendo á saltos y volviendo á veces
 El puntiagudo hocico entre las zarzas;

La pesada cabeza
 Inclina el cardo seco; de su blanda
 Plumazón se desprenden las semillas
 Como enjambres de estrellas apagadas,
 Que vuelan en flotantes remolinos,
 O en el suelo se arrastran;
 Se detienen, y emprenden nuevamente
 Su camino sin rumbo atolondradas.

Y, con Blanca en los brazos,
 El indio no deseansa;

Camina lento, sin cesar camina
 Dejando atrás las lomas solitarias.

III

Cruzan por los bañados
 Cubiertos de espadañas
 Sobre las cuales desarrolla al aire
 Su penacho gentil la paja brava;

Allí los mirasoles
 Abren sus verdes alas,
 Y lanzan estridentes alaridos
 Los pesados *chajás* en las barrancas.

Tiemblan los amarillos pajonales,
 Y brillan las *tacuaras*,
 Y, entre los cardos secos y caídos,
 Cruzan la lagartija y las iguanas.

Quejidos de palomas invisibles,
 Y voces de calandrias,
 Y notas como golpes sonoros
 De los dormidos sauces se desgranán,

Y pueblan el silencio de los aires
 Mezclados con las ráfagas
 De aromas puros, hálitos del campo,
 Y de perdidas flores ignoradas.

A grave paso y lento, la cigüeña
 Recorre las cañadas,
 O rozando los juncos al alzarse
 Los abanica con sus alas blancas,

Y, bogando á compás firme y solemne,
 Tranquila se adelanta,
 Y se aleja, y se aleja hasta perderse
 Diluida en el aire y la distancia.

En las aguas inmóviles
 Se reflejan las garzas,
 Que dormitan ó cruzan cadenciosas,
 Como formas de espuma, entre las cañas;

Los insectos se cuelgan
 En sus hilos de plata,
 O trepan por sus redes, que parecen
 Hebras de sol ó cristalinas arpas;

Y con Blanca en los brazos
 Sigue el indio su marcha,

Despertando á su paso en la maleza
 Los venados, que huyendo se levantan,

Y en la lejana cumbre de la loma
 A mirarlo se paran,
 Proyectando en el cielo la silueta
 Del cuerpo esbelto y enramadas astas.

IV

Y los viajeros siguen.
 Y sobre ellos las águilas
 En inmensos balances se remontan
 Del transparente espacio soberanas.

Gritan los teru-teros,
 Cuyas alas armadas
 Zumban en vuelo sesgo y atrevido
 Que el aire en todas direcciones rasga.

O corren por el suelo,
 Y huyendo se agazapan,
 Abandonando el nido silenciosos
 Para gritar después á la distancia.

Brillan entre las flores
 La pequeña coraza
 Y la armadura azul y el yelmo de oro
 Del picaflor, armado por las auras,

Para librar temblando
 Sus rápidas batallas
 Contra los genios que invisibles flotan,
 Y los ovarios de las flores guardan.

Y todo para el indio
 Luce, resuena y pasa,
 Como adioses confusos y postreros
 Que se van para siempre y que se abrazan.

El sigue, sigue siempre
 Con Blanca en las espaldas;
 Nada escucha; su cuerpo ya no tiembla;
 Ya las heridas de sus piés no sangran.

No ha salido del labio del charrúa
 Ni una sola palabra;
 El movimiento de su paso es dulce
 Como el balance de una cuna. Blanca

Sobre el brazo, en el hombro del salvaje,
 La cabeza descansa;

Las koras cierran sus hinchados párpados:
 La virgen duerme... Por sus labios pasa

El aliento á compás, y en ellos deja
 Una sonrisa amarga,
 Lejana transparencia de un ensueño
 Que se mueve en el fondo de su alma.

V

Se ha detenido Tabaré de un sauce
 Bajo las ramas trémulas;
 Está inmóvil, absorto; para el indio
 La dulce niña aniquiló la tierra.

Sólo siente en su oído acompasada
 La tibia intermitencia
 Del aliento de Blanca que, dormida,
 Sobre su hombro descansa la cabeza.

Percibe sus latidos melodiosos
 Que el pecho le golpean,
 Como el ritmo de un canto sin sonidos
 Que sin tocar su cuerpo á su alma llega.

El indio no se mueve; como en éxtasis
 En sus brazos conserva
 A la virgen que duerme, como el ave
 Duerme en el nido que en la rama cuelga.

VI

Se acerca el sol á la última colina,
 Y Blanca no despierta;
 Duerme tranquila. Su jornada el indio.
 De nuevo emprende cuidadosa y lenta.

Su pie desnudo, por guardar silencio,
 Esquiva la hoja seca;
 Su mano, sin esfuerzo, suavemente
 Separa la silvestre enredadera;

Del lugar en que anida el teru-tero
 Con cuidado se aleja,
 Por evitar sus gritos que de Blanca
 El dulce sueño interrumpir pudieran.

Y sigue, y sigue, y cruza, unas tras otras,
 Las colinas desiertas;

Se pierde en el cardal de las cañadas,
 Y aparece de nuevo allá en la cuesta.

VII

¿Los véis allá en la loma? El viento fresco
 De la tarde que llega
 Despierta á la española que, en su torno,
 Derrama la mirada con sorpresa.

¿Cómo pudo dormir? Un raro ensueño,
 Que casi no recuerda,
 Acaba de volar dejando en su alma,
 Como el calor del pájaro que vuela

Queda en el nido, un rastro de algo triste
 Que á precisar no acierta;
 Algo como un acorde, cuyas notas
 Siguen vibrando aún, pero dispersas.

Blanca mira al charrúa. Con el dedo
 Éste á la virgen muestra
 Una columna de humo que, á lo lejos,
 Sobre la masa de árboles se eleva.

¡El Uruguay!

¡San Salvador!

La niña

Una mirada intensa

Ha clavado en los ojos del charrúa

Azules y tristísimos. La estrella

Brillaba en ellos, pálida, lejana,

Agonizante y trémula,

La estrella solitaria de las tardes

Que las colinas últimas pasea.

El indio miró á Blanca, y sobre el pecho

Inclinó la cabeza;

Su mirada era fría y extenuada

Cual la última que envía entre las breñas

El inerte venado que allí muere

Sin lanzar una queja,

Lamiéndose la herida dolorosa

Y ya sin sangre en su costado abierta.

La niña, sobre el hombro del charrúa,

Y entre las manos yertas,

Ocultó el rostro, cual si hubiera oído

Una angustiosa inesperada nueva;

Algo como el anuncio de la muerte

Que ya tarde nos llega,

De alguien que al espirar nos ha llamado

Y que oímos tal vez sin darnos cuenta.

¿Qué ha visto Blanca al despertar, y hallarse

Con la mirada aquella?

¿Por qué rompió de pronto en un sollozo

Y en un llanto de lágrimas acerbadas?

Lloraba á gritos con el rostro hundido

Entre las manos gélidas,

Y al través de sus lágrimas miraba,

Levantando un momento la cabeza,

Al indio en cuyos brazos se veía,

A la corriente inmensa

Del Uruguay, y á la columna de humo

Que se elevaba transparente y lenta.

VIII

Tabaré oyó de Blanca los sollozos

Con muda indiferencia;

Impasible, perdida sin posarse
Entre los aires su mirada muerta.

Estaba en pie, pero insensible, frío,
 Frío como la tierra;
Parecía extenuado; mas de pronto,
Como empujado por ajena fuerza,

Su cuerpo helado descendió la loma
 Con la española á cuestas
Cuyos largos sollozos resonaban
En la salvaje soledad desierta.

Y el grupo aquel, atravesando el llano
 En siniestra carrera,
Como la sombra que en el suelo cruza
De obscura nube que los vientos llevan,

Se hundió en la sombra del cercano bosque,
 Cuyos talas y ceibas
Parecieron cerrarse tras el paso
Del indio y la española.

 Tal se cierran

Las aguas ó el sepulero, en cuyo seno
 Se hunden ó se despeñan
La flor que se desprende de su rama,
Y el hombre que resbala de la tierra.

CANTO SEXTO

I

El sol va descendiendo lentamente,
 Y sus rayos oblicuos,
Como ligeros seres embozados
En diáfanos cendales amarillos,

Van y vienen, flotando entre los árboles,
 Se bañan en el río,
Se arrastran por el campo ó, escondiendo
El rastro de su vuelo fugitivo,

Van á posarse en el *ombú* lejano,
 A cuyo lado mismo
El *urunday*, envuelto en los vapores,
Duerme á la sombra el sueño vespertino.